

YIAJE IMAGINARIO POR LAS PROVINCIAS LÍMITRO- FES DE QUITO, Y REGRESO Á ESTA CAPITAL.

(Continuación).

Con efecto, me puse en camino y llegué á Pasto después de algunos trabajos que padecí en el viaje. Allí observé el calor que agitaba á los vecinos; pero es preciso hacerles justicia, confesando que era efecto de un verdadero amor al Rey; pues no trataban de vengar sus propias injurias como los Gobernadores de Guayaquil, Cuenca y Popayán. Extendieron en el Cabildo actas poco cultas, pero buenas en el fondo y producidas por un celo justo y patriótico. Allí estaba cuando llegó D. Gregorio Angulo comandante de los numerosos ejércitos, compuestos de cien fusileros y algunos zambos de Patía con lanzas. Este hombre, hermano legítimo del D. Fernando de Barbacoas é igualmente en los talentos, es tan militar, tan valiente y guerrero como los morlacos, pero le parecía que venía á obscurecer las glorias de Napoleón Bonaparte. ¡Todo ha sido extraordinario en este tiempo! Colocado allí comenzó á despedir órdenes á Quito con la misma grosería é inurbanidad que Cucalón. ¡Almas viles y miserables que no saben concordar las reglas de la prudencia y moderación con el valor y la enerjía militar! Ellos estarán ya llenos de confusión al ver los términos con que se han explicado los Exmos. Sres. Virreyes y el ilustre ayuntamiento de Santa Fee. Pero en este punto lo que más me horrorizó fué el oficio que corrió al Ilmo. Sr. Obispo D. José Cuero, tan desacatado, tan insultante, tan atrevido que apenas podría creerse si lo hubiese escrito el impío y desvergonzado Voltaire. Sin embargo este hombre estúpido y brutal, tuvo la osadía de mandar copias á todas partes, para que lo tengan por un cristiano sin religión: vamos adelante.

Allí se mantuvo por algún tiempo en el cuartel ge-

neral de Guaitará (así llamaba un puñado de hombres sin disciplina que mantenía ó estorcía en la elevación de esas rocas) sin dar otra providencia que la de quitar el puente, de miedo de que los quiteños pasen el río, y lo precisasen á tomar el fusil ó volver á la retaguardia, hasta que los pastusos sin las formalidades de ordenanzas y contra su voluntad (único punto en que el temor le hizo obrar con acierto), viendo el descuido y dispersión en que se hallaba el corto destacamento de Quito, pasaron el río á nado y por medio de cuerdas lograron poner en fuga á unos, aprisionar á otros y tomarles las armas y artillería, conduciendo arrastrados y como á bestias hasta Popayán con crueldad y tiranía. Cuando Angulo vió el buen éxito de esta acción trató de apropiársela, como si vista en su fondo no fuese delincuente, y comenzó á pintarla como si hubiese sido la batalla que Bonaparte dió á los austriacos en Wagram el 6 de julio. Los pastusos procuraron obscurecerle esta fingida gloria informando al Rey con aquellas colores que el amor propio sabe sugerir al más ignorante; y hablando de Quito tan mal que después tendrán que arrepentirse, cuando puestas las cosas en su debido punto de vista, se conozca cual ha sido su modo de pensar y obrar en el tiempo de la revolución, desvaneciéndose las impresiones que han causado en los ánimos unas relaciones abultadas á beneficio de la distancia y desfiguradas por la pasión. Ellos han pedido que se traslade allá el tribunal de la Real Audiencia, la silla Episcopal y un colegio, pretensión que en presente han hecho también los tres Gobernadores y el Sr. Obispo de Cuenca, conjurándose como buenos servidores del Rey para destruir la mejor, la más ilustrada, pingüe y extendida provincia del Virreinato de Santa Fee. ¿Así se sirve al Rey, así se ama á la patria, así se cumple con el primer precepto de la ley natural y divina?

Sosegadas las cosas de Quito por sus mismos naturales llegó á la provincia de los Pastos D. Miguel Tacón, Gobernador de Popayán acompañado inútilmente de su Asesor general y auditor de guerra D. Manuel Santiago Vallesilla, y llevando de director verdadero á un jovencito presumido, incapaz de dar consejo en materias políticas y judiciales. Sus operaciones fueron reducidas á procesar por sí solo á los clérigos y curas, causándoles las extorsiones que les sugería la buena voluntad de su

amigo Angulo, sobre que es digno de notarse que habiendo sido absoluto el Cura D. Felipe Garcés y pedido este testimonio para usar de su derecho por los perjuicios contra quien le conviniere, se le negó dándole por causado, el que se conocía trataba de dirigir sus quejas contra el Comandante D. Gregorio Angulo. Comenzó también á levantar tropas que disciplinaba con tanta exactitud que no dejó de hacerlas aprender el ejercicio hasta en los días de luto y llanto en que la Iglesia hace memoria de los padecimientos y muerte del Redentor, ¿pero qué mucho, cuando hizo corridas de toros el lunes y martes santo? Por último, él estaba á la mira para destacar propios por momentos al Virreinato, ponderando las disposiciones que había en Quito para otra sublevación por la apatía del Sr. Presidente con ánimo de venir á sucederle. Pretensión que ocupaba al mismo tiempo los deseos de los otros Gobernadores que por distintos caminos hacían la misma solicitud dejando un campo abierto á la reflexión que no alcanza á comprender, cómo han deseado mandar sobre un pueblo tan impío, altanero é insubordinado como han pintado al de Quito, ni como puede conciliarse esto con la destrucción que han intentado arrancando de ella, como se ha dicho, los tribunales, su silla Episcopal y demás cuerpos constituídos. Tal es la inconsecuencia á que precipita al hombre su ambición y su codicia.

No me acomodo estar más tiempo en observación sobre los procedimientos del Gobernador y su aliado Angulo, cuyas largas conferencias daban mucho que pensar á las gentes; y participará Quito con no se qué género de complacencia, á manera de uno que sale de su esclavitud; mas ¡ay! que el mundo es valle de lágrimas, y donde quiera que pise el hombre halla espinas agudas que le pun- cen! Llegué á esta ciudad, y encontré á sus fieles habitantes respirando con alegría un aire dulce y blando con la reposición del Exmo. Sr. Conde Ruiz de Castilla, que acababan de conseguir bajo ciertas capitulaciones que constan de las relaciones de que he hecho memoria al principio. La palabra que había dado este Sr. en ellas, y que ratificó en el bando de 3 de noviembre que se publicó cuando yo estaba ya aquí, les parecía una cédula de seguridad á favor de su querida patria. Correspondían los nobles vecinos al Sr. Conde sus promesas, haciéndolo-

le guardia de día y de noche para evitar cualquiera peligro en que podría constituirlo la perfidia oculta de algunos mal contentos. ¡Pero qué caro han pagado los generosos quiteños su buena fe y credulidad! Esto es lo que voy á referir en la parte que resta de la historia de mi viaje, en que se verá lo que á mi regreso se practicó en mi capital.

Llegué pues, como he indicado á Quito á pocos días de repuesto el Sr. Conde Ruiz de Castilla en su gobierno, y estuve presente á la publicación del bando del 3 de noviembre en que se leyó la proclama del Exmo. Sr. Silva. Ofreció el Sr. Presidente toda seguridad á la ciudad, á interesarse con el Exmo. Sr. Virrey y con la Real persona de nuestro Soberano, para que tratasen con equidad á los que intervinieron en la formación de la junta, y exhortó á las gentes para que no hiciesen novedad, ni se exasperasen con la aproximación de las tropas de Lima. En esta virtud, Salinas gozaba con tranquilidad de la privanza del Jefe, este visitaba á su mujer, y la obsequiaba sus dulcecillos (demostración de no pequeña observancia en este Sr.), y sólo Morales y Quiroga se mantenían á sombra de tejado. Las tropas de la contrarrevolución instaban por venir á Quito á deponer á Salinas, y dar al Sr. Conde la libertad que no creían tenía, y este Sr. las detenía con el designio oculto de que viniesen sus favoritos de Lima, á lograr las satisfacciones que les brindaba un pueblo pacífico, y llenarse después, sin haber hecho nada, de honor y gloria, y de los más falsos méritos. Tal es la condición de los mortales, que se visten de apariencias á falta de realidades. De aquí el que habiendo llegado á Riobamba el nueve de noviembre el Gobernador de Cuenca, y pasado á Ambato se le mandó detener, y como se empeñase en pasar adelante, dió orden el Sr. Conde al Comandante Checa para que hiciese resistencia y fuego, si no se detenía, con cuya noticia, y un oficio áspero que se le pasó por dirección de Arechaga dió una vuelta á la derecha, y regresó á Cuenca, con el desconsuelo de no haber sido tan conquistador como los limeños, y sus oficiales con el fastidio de no haber lucido sus personas, ni logrado del botín que se proponían cojer. Entre tanto las tropas de Lima que llegaron á Guayaquil, en los primeros días de noviembre, se iban acercando; y por donde quiera que pasaban, desde que pisaron la provincia de

Quito, era bajo de arcos triunfales, y recibiendo los obsequios de que son tan liberales estos generosos habitantes. No entraron á Latacunga hasta que las numerosas y fieles tropas de la contrarrevolución no depusieron las armas de orden del Sr. Presidente. Acción que, aunque parece baja, prueba hasta la evidencia á donde se extendió la obediencia de estos naturales á las potestades legítimas, no menos, que el miedo y temor pánico que ocupaban al Comandante de las auxiliares, que ha tomado de esta misma ocasión para titularse después *Pacificador de la Provincia*. ¡Qué injusticia y qué desvergüenza!

Llegaron por último á Quito el 24 de dicho noviembre, y pusieron su campamento en la plazuela de la Recoleta de Sto. Domingo, que está dominada por todas partes de alturas, y colinas desde donde podían haber sido desbaratados con sólo hacer rodar piedras, si esta ciudad no las hubiera recibido como aliadas y antiguas. En esa misma tarde, de orden del Sr. Presidente, depusieron las armas todos los soldados que guarnecían esta plaza. Nueva prueba del miedo que aun ocupaba á los limeños. Al siguiente día, veinticinco, cerciorados ya de que no había una sola arma que no estuviera en la sala Real, cuya llave aseguraron, hicieron su entrada bajo de arcos triunfales, y á vista de un vecindario pacífico que los recibía con los brazos abiertos, como á amigos que venían de paz, y según las promesas del Excmo. Sr. Virrey del Perú, con ideas de dulzura y mansedumbre, que breve mudaron la piel de ovejas en la de lobos, que interiormente ocultaban! Hubo en ese mismo día un banquete en el palacio Presidencial á que asistieron los empleados y la nobleza de la ciudad. Al tercer día se sirvió por la noche en casa de los Aguirres un refresco, á que siguió baile que duró hasta el amanecer, asistiendo desde el Comandante Arredondo hasta el último oficial; Qué ocasión tan oportuna para acabar con todos, si como habían fingido estos ingratos la ciudad hubiera estado alterada! Inmediatamente descubrieron que su profesión no era de guerra, sino la del juego, en que manifestaron su mucha habilidad; ganando á los inocentes quiteños mil onzas de oro en poco tiempo. Algunos de ellos embistieron también á los almacenes, tiendas y bolsas, mudando muy en breve de traje y ropa á costa ajena, y contrayendo con gran llaneza créditos, que no cubrieron en toda

su vida. Nueva táctica militar en que no se gasta pólvora ni se arriesga el pellejo. Las extorciones, estrupos y robos de los soldados eran muchos, y para ello tenían la salva guardia del Gobierno, de manera que cuando los infelices interponían sus quejas, se les echaba á la junta para que los hiciera justicia. Excelente modo de cumplir con sus obligaciones, llenar la voluntad del Rey, servir al público y tirar diez mil pesos de renta.

Mientras los oficiales de Lima se divertían jugando, y el Jefe sacrificaba con ellos el dinero en tan útiles ejercicios, D. Tomás Arechaga su criado y fiscal interino, iba preparando la mina con que se había de destruir la Provincia. Propuso secretamente su acusación para que se siguiera la causa, sin atender á la capitulación con que se había repuesto el Sr. Presidente, que ya dependía de la autoridad del Excmo. Sr. Virrey y del juicio de su Majestad á quien se había dado cuenta, y como su voz imperiosa es la única ley que se sigue, se proveyó auto el cuatro de diciembre para que fuesen arrestados no sólo los principales autores de la revolución, sino todos los que quiso Arechaga, entrando entre éstos algunos inocentes. Al ruido estrepitoso de las diligencias huyeron muchos, á quienes se les consideró como traidores en el bando que se echó á son de cajas militares al siguiente día. Extraña jurisprudencia, que honrará en todas las naciones á los Jueces de Quito, y que hará derramar lágrimas al virtuoso Fernando, cuando llegue á saber la inhumanidad é injusticia con que han sido tratados estos sus humildes vasallos.

Encerrados en los calabozos del cuartel más de sesenta personas, fuera de los soldados que estaban en el presidio urbano, comenzó á activarse la causa con las respectivas confesiones. No creerían los lectores si se refiriese lo que pasó en el acto de estas diligencias. Basta decir que se suprimían los dichos que interesaban á la vindicación de los reos cuando de ellos resultaba algún cargo. El Oidor Fuertes que hacía de Asesor y D. Tomás de Arechaga que hacía el papel de Fiscal, y contra el Sr. Presidente que es el juez de la causa á D. Miguel Luna porque se manifestó firme en sus excepciones, se le cargó de grillos, se suspendió la diligencia, y al cabo de algunos días, después de pasarle la mano, se le hizo poner una confesión sencilla á D. Manuel Ma-

teu menor de edad, á quien se tomó declaración, se le hizo romper ésta al siguiente día, y se le hicieron suprimir sus más interesantes excepciones á fuerza de gritos y amenazas. Al Dr. D. Francisco Javier de Salazar se le instó para que hiciese lo mismo, pero se negó con firmeza.

Entre tanto sufrían los presos las inquietudes más amargas, unas veces se les privaba de comunicación, otras se les franqueaba: ya tenían algún alivio, ya se les negaba; hoy entraba de oficial de guardia un hombre humano y compacibo como Galup y D. Juan Celis, mañana otro cruel y tirano como Villaspeza, Resua, Barrantes, Barrero y otros muchos. Sin embargo los oficiales limeños no dejaban ejercitar su inclinación con esos infelices provocándolos al juego que admitían, ó por dar algún desahogo á sus penas, aunque á costa de su bolcillo, ó por no disgustar á los sátrapas que los guardaban.

Sucedió en este tiempo un caso digno de no olvidarse en esta serie de acontecimientos extraños. Los prisioneros, que en el abandono á que se veían reducidos, por hallarse la ciudad toda llena de terror y espanto, no encontraban otro recurso, que el del cielo, se valieron de la protección de la Reina de los Angeles, María Santísima de las Mercedes, por medio de un solemne nóvenario, que le consagraron para que alcanzase de su Hijo la piedad y justicia de los jueces. Concluido pidieron y obtuvieron licencia del Ilmo. Sr. Obispo para sacarla en procesión; y para mayor satisfacción suya captaron la venia del Sr. Presidente. Pero apenas salió la Madre de Dios de su casa, cuando el Comandante Manuel Arredondo y su valiente oficialidad comenzaron á tener una novedad. Preparan las armas y la Artillería, destacaron patrullas por toda la ciudad, y se encerraron en el cuartel gritando con impiedad algunos de los señores de Lima: que al Obispo se le debe meter en cepo de cabeza, por haber permitido esa procesión. Concluída ésta, llamó el Sr. Presidente al R. P. Mro. Fr. Mariano Ontaneda Provincial de la orden, y presente Arredondo como fiscal, comenzó á hacerle cargos. El Mro. Ontaneda hizo ver que se había hecho con licencia del Sr. Obispo, y que aun S. E. había accedido. Arredondo sin embargo acriminaba la cosa, y últimamente por una especie de prodigio escapó el pobre provincial de ir á

dar á los calabozos del cuartel. Los lectores comprenderán cual es la piedad cristiana de esta oficialidad perversa, y qué habría hecho, si la ciudad y provincia no los hubiera recibido con la paz y amistad que se ha dicho. Si después de tener pruebas tan repetidas de la buena fe de los Quiteños presos y desnudos á éstos, si después de estar cargados de cadenas los autores del alboroto, todavía temblan, se asustan y alarman, porque sale una procesión con la imagen de María Santísima ¿qué hubiera sido si en las alturas de Guaranda se hubiesen presentado mil hombres fusileros y diez ó doce cañones de artillería con metralla? Ah! Que entonces no se habrían movido de Guayaquil, según su plan de conquista. Porque es preciso declararlo todo. Este destacamento fué á Guayaquil para resguardar ese puerto, y no más. Si va entia sólo llegaba has a hacer por medio del Excelentísimo Sr. Abascal algunas amenazas. Cuando llegaron á él, supieron que Quito estaba tranquilizado, y re- puesto el Sr. Presidente, y con instancias de éste y de los mismos vecinos de Riobamba, asegurándose antes, con todas las precauciones que se han notado, y otras más, vinieron como á su casa; para hacer después con la protección, que se les ha dispensado, unos papeles falsos para colocarse en la clase de pacificadores. Así se engañaba al Rey, y se adquirían méritos con unas acciones que talvez merecer grandes castigos. Esta se ha caracterizado con el nombre de segunda pacificación de Quito, y así se ha escrito á Lima; pero ya digo que es otra prueba de su cobardía.

Un mes poco menos antes de este pasaje, es decir el veinte de diciembre, había llegado el Gobernador de Guayaquil, Cucalón, llamado del Sr. Presidente, para que le ayudara en la causa, pero fué tarde; porque Arredondo se había ya ganado la confianza; y de antemano había también informado contra él al Excelentísimo Sr. Virrey de Lima, así fué que, habiendo pretendido él la Comandancia de armas, y entablándose instancia formal sobre ello, la declaró el Sr. Presidente á favor del segundo, y desde entonces comenzó Cucalón á sufrir desaires, á que no estaba acostumbrado en su gobierno. Llevó después el último golpe con la representación del Excelentísimo Sr. Abascal, que le reprobó el haber salido de Guayaquil sin su orden y licencia, y le mandó restituirse

prontamente, como lo hizo, saliendo de esta ciudad con poca satisfacción, el 7 de febrero de 1810. Desde este momento quedó Arredondo hecho dueño de la plaza, no sólo como Comandante de la tropa; sino como Presidente, Gobernador, y Capitán General, pues todo se acordaba con él y aun se le sujetaban muchas providencias, que revocaba como si fuera un Jefe superior: Qué cosas tan estrañas hemos visto!

(Continuará).



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL